

*El monasterio de Santa María de Pedralbes (Barcelona), fundado en 1326*

## Orientaciones de la Arquitectura contemporánea

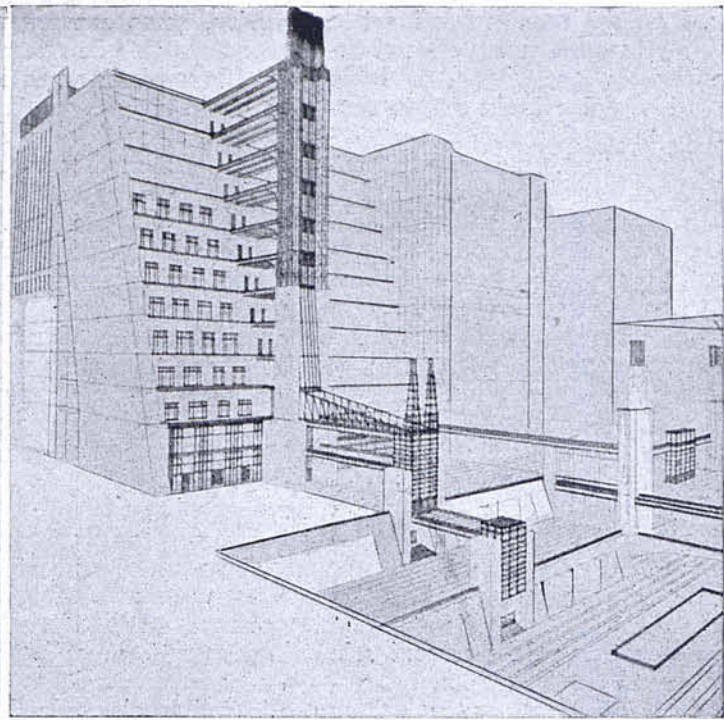
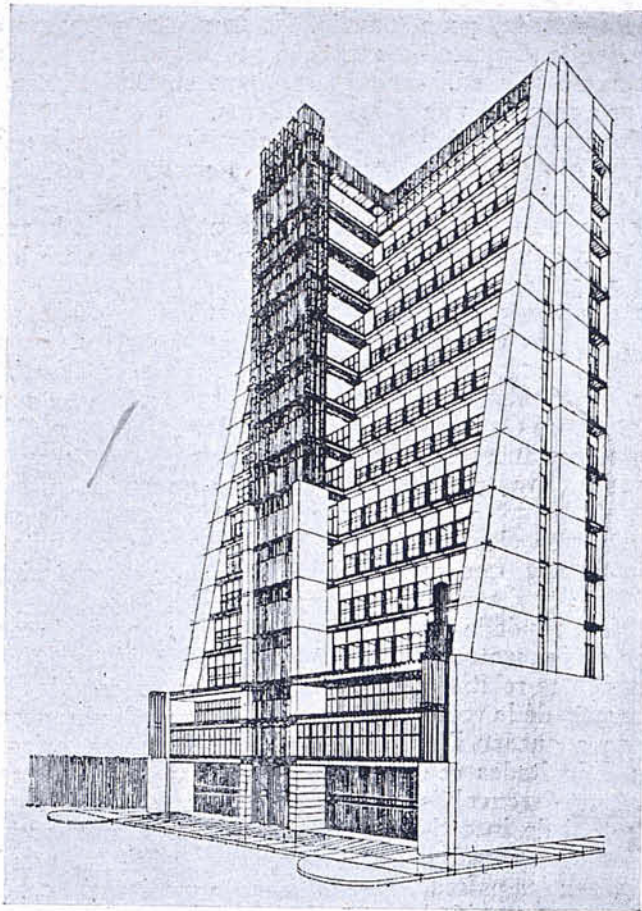
Alberto Sartoris, Arq.

En la interminable vocería que se ha levantado a propósito de la reconstrucción urbana de Europa y que abruma al universo de proyectos, torpes engaños comerciales, es deplorable comprobar a qué mínima parte se ve reducida la Arquitectura. Es obvio que una ofensiva, cuyos bajos fines no se ocultan a nadie, intenta quitar alas a aquellos creadores que encima de un mundo en ruinas aspiran a ordenar un nuevo urbanismo, signo de una generosa resurrección.

Al examinar hoy el estado del arte constructivo, no es difícil deducir que se está debatiendo en una grave crisis. Crisis de actividad por falta de medios, crisis de desenvolvimiento por el vertiginoso progreso de la técnica, crisis de experiencia por la difusión de los materiales modernos, crisis de preparación ante problemas inéditos a resolver, crisis de competencia, porque cualquiera se arroga un pretendido derecho a intervenir en las cuestiones de Arquitectura, crisis de concepto por el incurable tradicionalismo, que no desarma a pesar de los trastornos de la realidad y el dramatismo del momento, después de tan es-

pantosa tragedia. No obstante, a despecho de todo eso, crisis no insuperable, dada la maestría de numerosos arquitectos europeos.

Resulta, además, que con un pretexto surgido para cohonestar la irrazonable acción desarrollada a fin de imponer a Europa ideas y métodos de ultramar, dando a la coartada un correcto salvoconducto, también la Arquitectura nacida del racionalismo, y por tanto mayormente adaptada a los problemas de la reconstrucción, se halla debilitada por un cisma que en resumen opone Wright a Le Corbusier. Con el primero, el arquitecto norteamericano que, aun siendo un innovador, procura evadirse de las imposiciones mecánicas del siglo y cuya obra genial está todavía contaminada de romanticismo, se alinean los que ven en él al precursor de la llamada Arquitectura de la democracia o Arquitectura social. Junto al segundo, el gran lírico francosuizo de las formas latinas que aspira a construir una sociedad maquinística, se encuadran los que quieren establecer las normas de una necesaria Arquitectura autoritaria. Pero en el de-



Arq. Antonio Sant'Elia

- A *Manzana de casas en disposición escalonada, con ascensores al exterior. Del proyecto de la Ciudad Futura. Años 1912-1913.*
- B *Casa escalonada presentando la circulación vertical dispuesta al exterior. Del proyecto de la Nueva Ciudad. Años 1912-1913.*

bate entre lo paradójico (Frank Lloyd Wright) y la razón opuesta (Le Corbusier) hay sin duda lugar para el equilibrio natural de los artistas independientes. En la trivial contienda que se ha encendido entre los dos bandos que invocan el mismo principio vanguardista, el obcecado provincialismo de los secueces de Wright les ha hecho olvidar que Europa ha tenido un Antonio Sant'Elia, un Giuseppe Terragni, un Cesare Cattaneo y un Farkas Molnár, y posee todavía un conspicuo grupo de arquitectos que pueden dar jaque mate a los creadores de cualquier otro continente. No es posible imaginar que su contribución pasada, presente y futura no logre contener las fuerzas reaccionarias del neorromanticismo y disuadir a buenos elementos del compromiso Wrightiano que corresponde al expresionismo tonal en pintura y los convertiría pronto en aislados fuera de tiempo, en agregados con retraso de cincuenta años.

Examinando algunas de las principales características del hormigón armado y su formidable capacidad de realizaciones, se puede, por otra parte, medir el grado de temperatura de la polémica que divide a los modernistas, y conocer las razones y presunciones que se alegan en los dos campos enemigos. Unos hablan de la ciencia de construir; los otros, del arte de construir. A la interrogación es necesario responder poniendo en evidencia la insustituible y básica importancia de la sensibilidad estética (indispensable tanto como la artística) y de la intuición arquitectónica al idear toda obra de arte constructivo. A ese respecto conviene observar que si durante milenios el empirismo intuitivo ha sido la única guía de los artistas y los arquitectos, la grandiosidad y la perfección técnica de innu-

merables obras del pasado demuestran que, partiendo de la sola intuición y de la interpretación de las experiencias estáticas ofrecidas por la cotidiana realidad constructiva, nuestros predecesores se habían podido formar una sensibilidad estática, cuya eficacia, agudeza y excelencia quedan demostradas por sus obras culminantes. Dicha sensibilidad técnica que se puede decir que es justamente la suprema comprensión y humanización de las no humanas leyes de la ciencia de la construcción, esta sensibilidad artística que se fundamenta en la homogeneidad espiritual, esta intuición arquitectónica que se materializa en una estética superior, constituyen en verdad, a través de los siglos, la regla actual de los nuevos arquitectos, de aquellos que tendrán que reedificar las ciudades de Europa.

A la pregunta de si el construir es preferentemente un arte, o sea acto creador dominado y determinado por elementos humanos e individuales (posición asumida por la mayoría de los arquitectos funcionalistas), o más bien un hecho específicamente científico, regulado por fórmulas impersonales (según la errónea opinión de cuantos son hoy los autores de una fría y árida ingeniería), reten-gamos que el construir es arte también en sus aspectos más técnicos, por cuanto, al menos en el estado actual, resulta puramente ilusoria la exactitud en la indagación de cualquier procedimiento matemático o preceptivo. Una tal discrepancia fundamental, característica en la división entre ingenieros y arquitectos, puede considerarse como una de las causas no despreciables de la crisis en que se debate en este momento la Arquitectura. Será preciso allanar esta dificultad para favorecer la interpretación de las divinas leyes del mundo físico, único que podrá

constituir la base de su renacimiento orgánico.

Otro punto de fricción, motivo de disputa que rebaja la misión de la Arquitectura, es el que se refiere al funcionalismo. Entre tantas denominaciones consideradas no apropiadas que habrían contribuido en varios sectores a falsear los conceptos, ha sido catalogada también aquella de Arquitectura funcional. A la tendencia que en Arquitectura viene llamada racionalista, nombre que tuvo origen en Italia (fué creado por el que les habla) y que ha sido universalmente aceptado y precisado seguidamente con la palabra funcional, se le atribuyen los más negros propósitos. Pero en este caso debe tratarse solamente de un absolutismo de objetividad, porque la Arquitectura de la reconstrucción de Europa no podrá ser otra que la Arquitectura intransigentemente funcional.

Con el fin de evitar ulteriores imprecisiones, bueno será declarar que con la locución Arquitectura funcional se ha querido sobre todo definir y clasificar (admitamos que muy imperfectamente, como acontece con todas las designaciones estilísticas) una particular corriente constructiva en oposición a la académico-tradicionalista, aun sabiendo claramente que existió ya en otros tiempos una verdadera Arquitectura funcional, Arquitectura indisolublemente ligada a una finalidad funcional, condición básica de sus propias normas estéticas. Nacida por necesidad polémica, la palabra funcional no ha tenido nunca, ni aun para su propio inventor, un valor conciso. No ha sido adoptada para exaltar unilateralmente una técnica constructiva, artificiosamente elaborada con pura expresión arquitectónica, sino para determinar una moral estética y constructiva, un nuevo modo

de edificar. La Arquitectura funcional se antepone precisamente a aquellos sistemas de ingeniería que habían excluido un requisito esencial e íntimamente conaturalizado con la Arquitectura auténtica: la *funcionalidad*, funcionalidad entendida tanto en sus caracteres materiales como en los estéticos y estilísticos. Representación de aquella teoría, en contraste con ciertos expedientes temerarios (que llegan en su incongruencia hasta a implantar nuevos procedimientos en viejas estructuras, fórmula superada por los conceptos modernos, y a obligar a los nuevos materiales a formas irracionales), la Arquitectura funcional implica especialmente una creación, como la Arquitectura del Renacimiento no significaba tan sólo un resurgimiento, sino una creación. Por eso la técnica moderna tiene que satisfacer en definitiva las múltiples necesidades y los vínculos a los que está ligada la Arquitectura; debe armonizarla con la idea causal de la estética, convertirla en términos de lenguaje y medios expresivos, a fin de constituir así la verdadera esencia del problema arquitectónico. De ello se desprende que la razón de la incomparable elevación y dificultad de la Arquitectura consiste en aquella conmoción interior que tiene que tomar forma funcional para traducirse en obra elocuente para todos.

Las enormes destrucciones provocadas por la guerra y la visión intolerable de las ciudades y los monumentos diez-

mados, como consecuencia de ella, pone singularmente de relieve que la Arquitectura es verdaderamente el arte más edificante de un pueblo, de una raza, de una época. Si, como se puede prever, la Arquitectura moderna llega algún día a formas y caracteres inmutables, después de haber hallado su forma natural, es lógico que para resolver los inmensos problemas urbanísticos que se plantean, los nuevos arquitectos europeos tengan que orientarse hacia aquellas fuerzas creadoras que darán origen a las grandes mutaciones arquitectónicas vivificadas por la fantasía, al carácter estilístico de nuestro tiempo, a las realizaciones inesperadas de una potencia constructiva no alcanzada jamás.

Hoy, que debemos entrar en el pleno desarrollo de un arte nuevo y que la Arquitectura funcional ha derribado el milenarismo equilibrio estático, fundado en lo compacto y en el peso de los materiales, y ha urdido leyes modernas relativas a la resistencia, todo el secreto de la construcción racionalista viene a quedar iluminado. A pesar de las dificultades con que se encuentra para su desenvolvimiento, dado el estado actual de incertidumbre económica, la decepción moral y el profundo colapso que sufren los países, y teniendo que asimilar por necesidad varias técnicas transitorias dictadas por el momento, no existen razones que impongan el tener que descartar a priori la trinidad hierro, vidrio, hormigón ar-

mado. Es menester preparar anticipadamente la acción para un próximo futuro, asentándolo sobre sólidas bases y materiales duraderos.

Aun admitiendo que los funcionalistas tuvieron pronto la intuición de que el desarrollo de los medios científicos o mecánicos contribuía a la buena construcción, no basta con ello para hacer Arquitectura, que es el saber aprovechar tales posibilidades técnicas y tales medios científicos para expresar conceptos plásticos, estéticos, prácticos, utilitarios, no tan sólo de pura exaltación, ya que en definitiva esto es dar forma cumplida al pensamiento y al arte. En un terreno tan árido, tomándolo en su acepción única y uniforme, sólo trabajosamente puede nacer una Arquitectura representativa, y es difícil que lleguen a producirse personalidades de alto relieve.

Pero ahora ha concluido una época, y otra época empieza. Estamos envueltos en los más gigantescos cambios de la historia. Ya no basta medir las eventualidades artísticas y las transformaciones que han acompañado a los supremos acontecimientos del espíritu y de la humanidad, es menester establecer bases creadoras para una Arquitectura injertada en los conceptos netamente mediterráneos. Ha llegado el momento de conquistar nuestra libertad a través de la supremacía generosa del arte.

Se impone el poder hacer lo nuestro, porque a nosotros pertenece la nueva faz de Europa. Mas ello implicará dispendios de millones y millones, aun construyendo con el mínimo costo y con el máximo valor. En esta embestida los Arquitectos tendrán necesidad, entonces, del apoyo de todos. El movimiento para una Arquitectura funcional que ha tenido brillantísimas páginas polémicas, profundos capítulos de exégesis y magníficas realizaciones, debe tomar vigor y volver a ponerse en eficiencia por encima del abatimiento moral, material y social que nos rodea.

Siendo cambiados los tiempos y diferentes las condiciones del clima de trabajo, para inventariar realidades constructibles y determinar armónicas interferencias de elementos edificativos, no será suficiente preparar o disponer el cuadro de las necesidades y de los deseos de planificación. Convendrá también modificar algunas de las reglas modernas de la práctica arquitectónica, abandonar momentáneamente ciertas posiciones y sujetarse a nuevos principios. Las maneras de tratar la Arquitectura, las doctrinas estéticas y sociales que propugnemos nosotros mismos, la constitución de la ciudad y el asentamiento del urbanismo, no pueden, por tanto, quedar desarraigados de las condiciones de existencia en las que estamos envueltos y a las que estamos ligados.

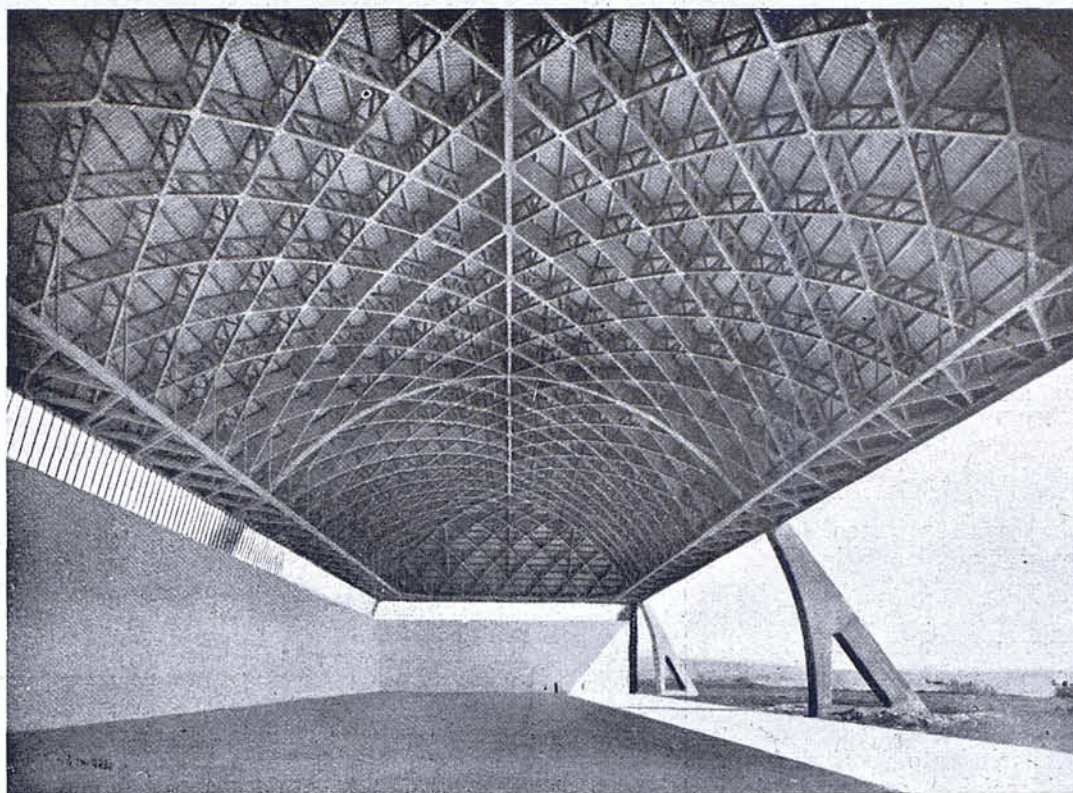
El problema de la realización arquitectónica, entendido como vehemente aspiración hacia una forma de progreso, de conquista y de civilización — forma no ajena al imperativo categórico de conducir el funcionalismo a su extrema ilación con el dinamismo y por ende con el movimiento — reactiva la acción extrínseca más estimulante de aquellas figuras de



*Fachada principal de una casa de alquiler construida en Cernobbio (Como), entre los años 1938-39.*

Arq. Cesare Cattaneo

Interior del hangar para aviones militares (100 x 30 m.), construido en Italia entre los años 1938 y 1943.



creación agitadas por un intenso viento lírico, por un gran soplo innovador; figuras cuyos métodos representan el usar el aire, la luz, el verde, el paisaje natural y el de invención, como verdaderos y propios materiales inéditos de construcción. Muchas hipótesis se podrían formular desde ahora sobre las nuevas atribuciones de una Arquitectura pura, de una Arquitectura típica, no sólo en la calidad de sus arquetipos, sino también en la esencia de sus móviles psicológicos, espirituales y humanos. Es preciso admitir, de todos modos, que actualmente tales perspectivas audaces son todavía prematuras. Sin embargo, persiste vivaz todavía el ardiente deseo de comunicar a la Arquitectura aquel lirismo exaltado, aquella fascinación lírica del abstraccionismo metafísico que transforma todas las cosas, aun manteniéndose en un campo de actuación práctica, aun difiriendo toda manifestación que no facilite el rápido trazado de un plan de íntegra reconstrucción urbanística de las naciones — que se separe del monocentrismo del pasado — libre de vínculos ya superados, descentralizada y abierta a la más amplia libertad de composición.

Para convencerse de ello, fíjese un instante el pensamiento en el vasto dominio abierto por el nuevo principio constructivo al que Pier Luigi Nervi ha dedicado sus mejores esfuerzos y que ha indicado con el nombre de hierro cementado (*ferro cementato*). Es un sistema de grandiosas posibilidades técnicas que permite conseguir una tan perfecta trabazón entre formas y exigencias estáticas, capaz de dar lugar a soluciones arquitectónicas hasta ayer absolutamente ignoradas. Considérese por un momento lo que representa el tener la facultad de formar membranas, ya sean curvadas, ya onduladas, estructuras de caparazones de cualquier tipo, ser, en una palabra, libre de traducir en realidad aquellas formas un tanto compli-

cadadas que mejor resuelvan estáticamente un determinado problema. Incluso la motonave de hormigón armado, a base de elementos preparados a pie de obra, que el propio arquitecto Nervi ha proyectado y construido, y que actualmente está navegando, puede servir a la causa de la nueva Arquitectura. Este acercamiento al campo náutico, en el que la coligación forma-resistencia es tan clara y fundamental, es útil para muchas consideraciones y observaciones. No obstante, estamos demasiado retrasados todavía en el camino de una reconstrucción por demás limitada, sobre todo por la falta de ideas concretas, de colaboradores competentes y de hombres preparados en los poderes civiles. Esta es nuestra verdadera, aunque no creemos irreparable, desgracia.

A fin de combatir la ausencia de urbanismo y de rechazar las presiones de los sistemas reaccionarios, todas las leyes inherentes al derribo sistemático para descongestión de zonas (*diradamento*) en las ciudades deberán presentarse inmunes de arrepentimientos esteticistas y extender sus prospecciones hasta indagar la sede secreta de los sentimientos, las íntimas necesidades del corazón humano, pues con razón se ha dicho que misteriosas correspondencias unen las cosas de nuestro alrededor y los conceptos de nuestra mente. Por tanto, es natural partir, por ejemplo, de la unidad de medidas para conocer cuáles pueden ser los elementos únicos y universales, indiferenciados y reactivos en sus funciones de habitabilidad y creación, que resulten aptos para integrar sólidamente un núcleo de principios relativos al tipo, para formar conjuntos unitarios, asociaciones de grupos afines, organismos colectivos y dinámicos, reflejando las finalidades supremas y sublimes de la Arquitectura de una nueva civilización.

No nos parece falto de interés poner de relieve que para edificar la casa-má-

quina, la casa exacta, la casa dinámica, la casa mecánica, la casa-poema, la casa-síntesis hay que tener en cuenta, además, que los otros elementos vitales de los cuales ella representa la unión de los varios atributos en su valor de conjunto, son — al igual que los efectos del movimiento — como resúmenes de infinitos esquemas en continuo devenir. Son, como afirma muy justamente Gio Ponti, elementos-medio (*elementi-mezzò*) y no determinantes en absoluto, ya que cuando la Arquitectura converge hacia los solos cuerpos simples inmutables, queda sacrificado o se reduce a nada el proceso creador. Lo mismo puede decirse del *diradamento* o descentralización en materia urbanística. Si para hacer menos densa la ciudad y para descongestionar los órganos oprimidos o privados de rendimiento eficaz, se procede a construir en las afueras, y a menudo incluso se empieza desde allí, es evidente que cada paso deberá ser examinado con cautela, con espíritu alejado de toda rígida metodología escolar, de toda reglamentación conformista o sectaria, para no incurrir en abusos y graves errores de evaluación y de planteamiento, en experimentos azarosos que acusan defecto de interpretación e incompreensión congénita del problema arquitectónico, el cual debe estar conforme con la propia naturaleza, con sus requisitos propios y con sus propios fines. Que se trasladen las industrias al campo, que se desmantele parte de los centros irreconstruibles, que se conviertan en jardín los barrios destruidos, que se levanten núcleos de habitación en el campo como agregados de la ciudad — dado que la carrera anhelante hacia la ciudad y el depauperamiento de la agricultura dependen mucho de la deficiente educación y de las pésimas condiciones de las viviendas y de la vida en el campo —, pero no se olvide nunca que todo esto debe estar pensado y ejecutado con sensatez, con claro y seguro ra-

zonamiento. Por tanto, industrialización, descentralización industrial, *diradamento* metódico de las metrópolis tentaculares, nuevas ciudades comerciales, nuevos núcleos culturales, reorganización rural, casas para asalariados de toda clase, para los campesinos, los intelectuales y los operarios llegados de provincias, pero siempre que se tengan bien en cuenta las inexorables profecías del funcionalismo.

Comprendido esto, es lógico pensar que el desarrollo urbanístico tiene que tomar como punto de partida la creación de un sistema que no provoque la cristalización constructiva, que no se polarice alrededor de un principio de breve duración, sino que esté impulsado por conceptos, por directivas que permitan tanto la ejecución inmediata de una parte del programa, como la de la otra a largo plazo, no hipotecando irremediamente el porvenir. Ello nos dispensa de insistir acerca de la conveniencia inaplazable de estatuir un urbanismo de amplio alcance.

La realización de planos de sistematización, locales y regionales, para el embellecimiento de ciudades y de zonas residenciales, es una labor insuficiente o

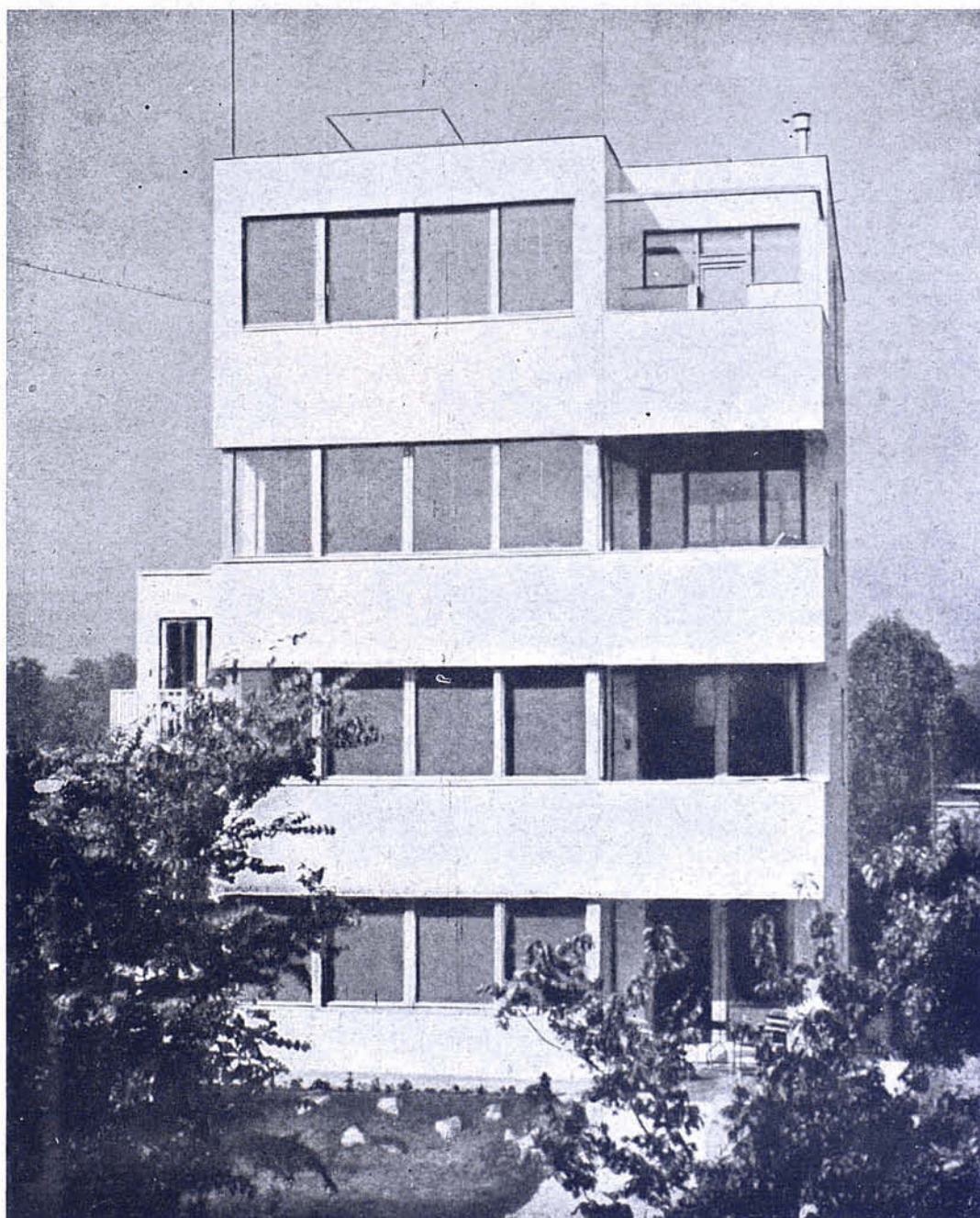
superada. Viene substituída por el gran plan nacional que facilite la evolución armoniosa, equilibrada, de las aglomeraciones y de las zonas libres, a fin de que constituyan en el presente como en el futuro un todo unitario, ágil y sin defecto. Para evitar graves obstáculos, luego insuperables, será necesario resolver pronto con acuidad y en su ambiente específico, cuestiones muy intrincadas, inherentes a la higiene pública, al saneamiento colectivo, al reagrupamiento industrial según cada especialidad, a la normalización de las calles, de las líneas ferroviarias, de los canales, de los acueductos, de los servicios portuarios, de las redes fluviales y de los albergues populares fluctuantes por efecto de la emigración interior.

La Arquitectura es inseparable del hombre, de su pensamiento, de su filosofía; los reflejos de una se encuentran en el otro, y viceversa. Sin embargo, no es la historia del pensamiento y de la filosofía lo que introduce al hombre en la Arquitectura hasta formar cuerpo con él, sino la búsqueda humana, atenta a satisfacer necesidades constantes y constantemente mudables. El hombre se inserta

profundamente en la Arquitectura, porque en ella encuentra una correspondencia perfecta con la propia filosofía de la vida, un modo de verificarla en la realidad, de comprobar y poner en ejecución lo que se podría llamar la psicología constructiva de la filosofía humana. Es por el cálculo de las probabilidades ofrecidas u originadas por tal mutación que debe abordarse el estudio de las anticipaciones de la Arquitectura y de su poética abstracta.

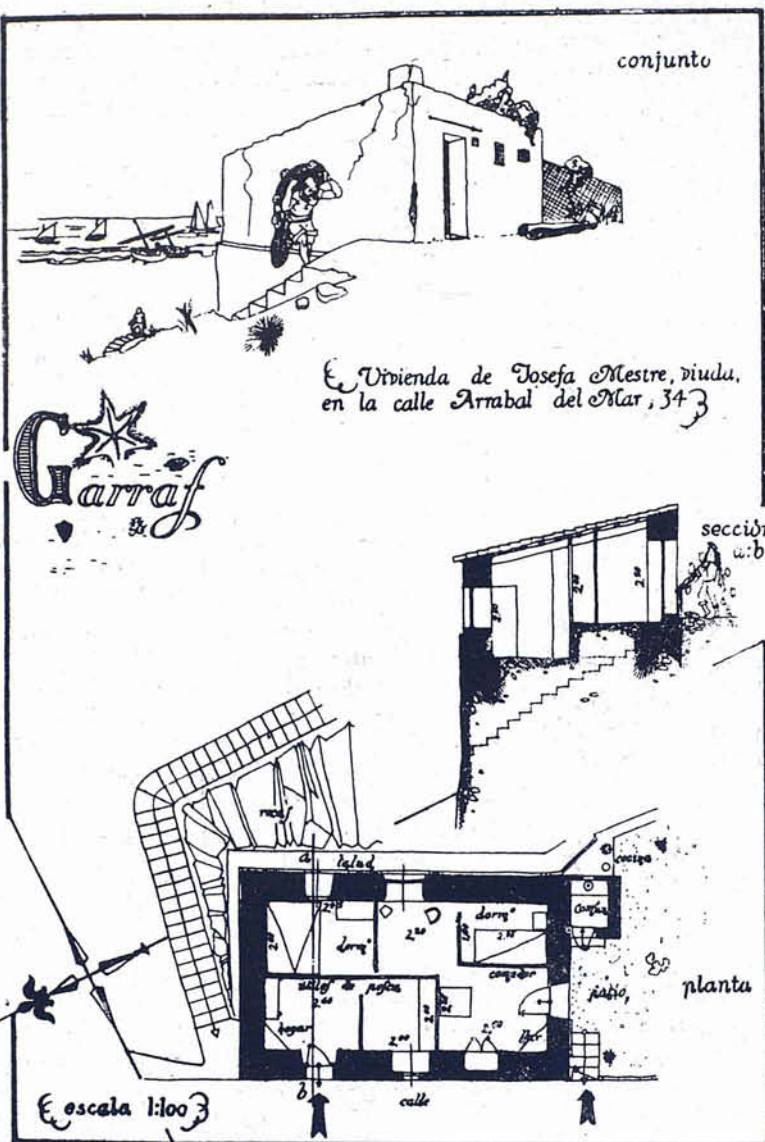
Los grandes períodos arquitectónicos y artísticos explican y completan sistemas filosóficos, mediante la representación de imágenes vividas, de formas utilitarias y de aspiraciones concretas. La Arquitectura encarna visiones de masas operantes, de masas dinámicas en acción; personifica corrientes y principios civiles.

El problema fundamental del destino humano propende hoy al abandono de una noción colectivista demasiado estrecha de la sociedad en favor de una más amplia independencia, de una más vasta autonomía garantizada al hombre, aunque siempre ligándola al mejoramiento de la previsión relativa a los complejos de

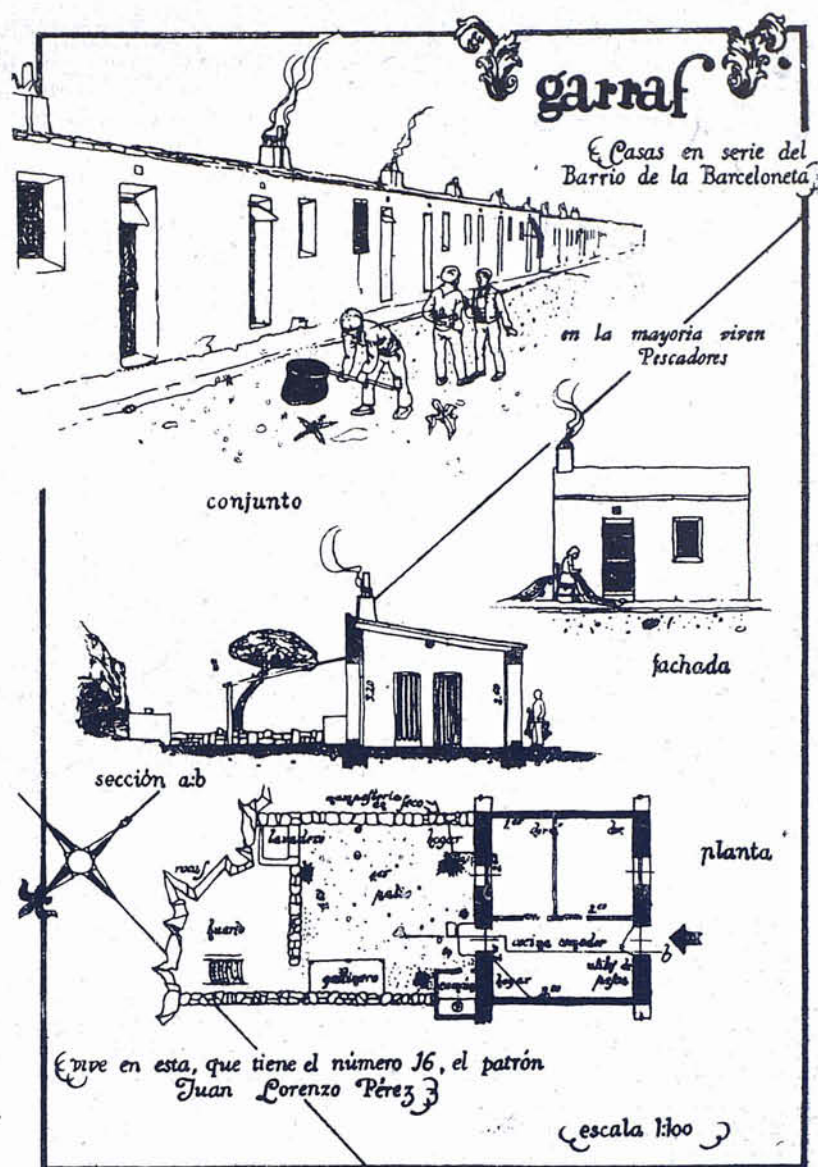


Arquitecto Farkas Molnár

Faciala principal de una vivienda construida en Budapest (Hungria), en el año 1933.



«Vivienda de Josefa Mestre, viuda, en la calle Arrabal del Mar, 34»



garraf

«Casas en serie del Barrio de la Barceloneta»

en la mayoría viven Pescadores

fachada

planta

«vive en esta, que tiene el número 16, el patrón Juan Lorenzo Pérez»

escala 1:100

Casas de pescadores en Garraf (Barcelona)

masa. También la soledad necesita encontrar, en un mundo inflamado, su plataforma meditativa.

La reconstrucción no debe abalanzarse, por tanto, sobre el hombre como un imponente peñasco, no debe imponerse como una fiebre maligna. Debe actuar con aquellas maneras metódicas y sensatas que confirieron a la Arquitectura su verdadera elevación y un desarrollo ordenado, progresivo. Una fábrica, una casa, una ciudad, no constituye solamente el símbolo de la potencia; ante todo es una obra particular. En el mundo físico impera una ley de acción y reacción que la abdicación humana cancela miserablemente. El hombre se supera o se disminuye cuando la materia responde sin falta y vigorosamente. Para que el hombre viva naturalmente en el medio físico que lo ciñe, la dotación de espacio no le puede ser negada.

Con nuestra actual renuncia a someterse a lo real, o sea a la diversidad de las condiciones, tanto del ambiente geográfico como del ambiente humano, descartamos la posibilidad de respetar los derechos de la fantasía y de la creación, respeto que no representa más que una subordinación derivada de nuestra natural manera de ser, de nuestra razón de ser. Nada sería, pues, más interesante que la observación de la cuadrícula de Europa para descubrir aquellas for-

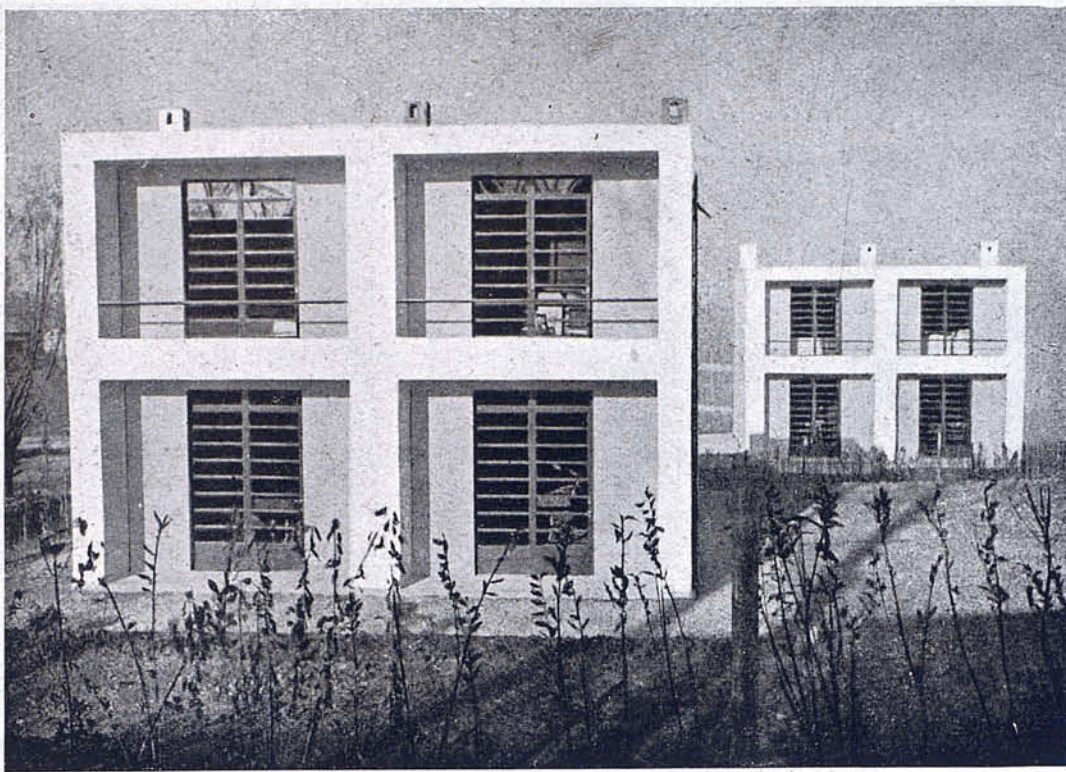
mas urbanísticas más adaptadas a las respectivas características. Variedad en la unidad, el regionalismo urbanístico en su sentido más lato va incluido en los dictámenes urgentes del funcionalismo. El aumento de la cultura y de la técnica no disminuye completamente el potencial propio de cada región. Ello realiza, en cambio, un equilibrio entre la diversidad natural y la uniformidad natural. Así, pues, se puede añadir a aquella unidad por inclusión, en la que multitud de maneras de vida distintas encuentran sus puntos de contacto idénticos y se convierten en los elementos de una configuración más compleja que los incluye y los iguala orgánicamente. Tal unidad es lo contrario de la unidad por supresión o uniformidad, en la cual un modo de vida único impone no imparcialmente su universalidad.

Téngase presente, además, que las diferencias geográficas son primordiales, son el fundamento de la construcción racional, en tanto que las diferencias sociales suponen solamente una superestructura, una emergencia que contiene elementos procedentes de otra naturaleza y de otras regiones. En efecto, el desarrollo de la técnica parece reducir la importancia de la diversidad geográfica, geológica, pero en realidad no hace sino explicar, precisar, fijar los límites dentro de los cuales una Arquitectura dada puede cumplir su

cometido. El predominio del sitio, de la localidad, del territorio es siempre incipiente, es siempre factor concurrente a establecer en parte las razones o las formas de la Arquitectura, las reglas del urbanismo, los preceptos regionalistas para adaptarse a la construcción mediante una más estrecha relación con los problemas que ella tiene que solventar.

Para nutrir las más salientes soluciones urbanísticas, la Arquitectura contemporánea debe realizarse con cierta rapidez. Mas, ¿cuál será el género de Arquitectura y cuáles los métodos para concretarla?

Escritos aparecidos en estos últimos años en la prensa internacional han atraído particularmente la atención sobre el problema esencial de la Arquitectura y la reconstrucción. El problema, importante por sí mismo, es el de la prefabricación que ha alcanzado el carácter de un afán mundial, tanto como para hacer desear una preventiva y exhaustiva ilustración sobre ello. Aun lanzando hoy un grito de alarma contra los peligros de una prefabricación mal entendida y peor aplicada que está a punto de invadir Europa en el instante de su resurgimiento, con ello no se pretende negar la necesidad de aportar a la Arquitectura la técnica de la producción industrial, sino afirmar, según un lógico pensamiento, que la prefabricación no se ha de resolver por un sistema rígido, sino tal, que ase-



Arq. Gaetano Ciocca

Grupo de viviendas rurales, construidas con elementos prefabricados, en Merone (Italia), en 1939

gure la más completa libertad artística y creadora. Como es ley natural, la vida está ya prepotentemente refloreciendo por todas partes, reorganizándose después de una aguda crisis de orden sobre todo moral y material, pero eso no impide que para poder superarla plenamente no se deban apoyar nuestras acciones sobre profundos elementos espirituales de civilización.

El mismo principio de la casa prefabricada en serie continua, totalmente construida en el taller, es el peligro público número uno para la Arquitectura social, y debe rechazarse decididamente, por cuanto es contrario al sentido general y particular de la libertad de creación y de habitación. Si la idea de la vivienda de unidad repetida y reagrupada ha aparecido para realizar el sueño de la Arquitectura racional, funcional u orgánica — como quiera llamársela — al poder edificar con casas de elementos prefabricados en las ciudades y los campos (en vista de que una parte importantísima de los elementos del alojamiento puede ejecutarse en la manufactura y en los establecimientos industriales), en cambio, esta idea de la casa totalmente prefabricada constituye ni más ni menos la característica feroz de un régimen que es preciso superar, significa la cruel afirmación de un torvo mercantilismo que ha tenido siempre en acecho a la personalidad humana.

Elaborada en circunstancias especiales, para responder al tema obligado del alojamiento desmontable y transportable, por un Terragni, un Le Corbusier, un Lingeri, un Aalto, un Neutra, un Gropius, un Nervi, un Lescaze, un Breuer o un Oud, o sea, en la mejor de las hipótesis, entonces la casa prefabricada podría ser acogida, ya que en este caso definido representaría el producto genial de mentes

iluminadas, un producto casi diríamos aristocrático. Mas esto sería una excepción que no constituiría regla. Por otra parte, si la difusión de las casas prefabricadas eliminara rápidamente las obras individuales para concentrar en pocas manos (no digo en pocos cerebros) toda o casi toda la producción arquitectónica, entonces acontecería que el grupo de los grandes creadores no podría ya hacer que prevalecieran sus conceptos innovadores y quedaría en minoridad en muy breves años.

Puesto que se preconiza la industrialización de la edificación y se declara no poder excluirse completamente en varios años ciertos sistemas de prefabricación, ni rehusar enormes ventajas de orden práctico y aun estético, limitando la prefabricación a algunas tareas precisas, nos parece hoy bastante arriesgado no querer levantarse contra un procedimiento industrialista de la construcción que amenaza corromper la Arquitectura.

Es obvio que no debemos vilipendiar la Arquitectura. Cierta prefabricación, cierta edificación mercantil actual en serie corresponde al comercio despreciable. Es un signo abyecto de perversión, de degeneración.

Para la reconstrucción urbana informada por la Arquitectura de masas, convendrá establecer las modalidades de la prefabricación en sus verdaderos límites, que no sean ni los de la improvisación ni los del milagro, sino fijados por una sensata y providente distribución de los medios. La casa prefabricada no puede ser la casa de todos, ya que una casa igual impuesta a todo el mundo no es ciertamente la casa de la libertad reconquistada, la casa del hombre independiente. Además, no parece muy lógico pregonar, propio en período democrático, la panacea ilusoria de la casa prefabricada. En

cambio, el remedio universal adaptado a la época presente nos parece ser la casa constituída sólo por elementos de detalle prefabricados, en los que vengan resueltos los problemas urgentes de reconstrucción de las ciudades reincorporadas a la plena luz de la emulación y según las diferencias infinitas de una creación sin tutela.

Hoy, que hemos llegado al fondo del bártaro de la amargura, no nos podemos dar el gusto de tentar una aventura que conduciría inevitablemente a la progresiva anulación de la Arquitectura. Nos incumbe, al contrario, el deber de examinar cuanto se ha hecho en el campo de la prefabricación y estudiar las experiencias concretas. Nos encontramos, por tanto, en la necesidad de evitar a toda costa aquellos experimentos que se han revelado ineficaces y dañosos.

Tipificar, industrializar, normalizar los elementos esenciales de la casa no significa adoptar amplitudes de campo fijas ni altura de plantas constante para todos los edificios, como tampoco producir casas en los talleres, todas iguales, todas anónimas, sino determinar elementos que podrán ser acoplados, repetidos, sobrepuestos, alternados con la máxima libertad, constituyendo el objeto de innumerables aplicaciones y dando lugar a los resultados más diversos, exigidos por las necesidades impelentes que las casas-tipo deben satisfacer por encima de todo.

Es absolutamente indispensable descartar los peligros de un concepto de la vivienda sin fisonomía regional, deteniendo la invasión nefasta de una inútil standardización draconiana.

En otro lugar hemos ya denunciado los daños que traería consigo una normalización exasperada de la Arquitectura. Ahora repetimos que la casa totalmente prefabricada en serie continua es una forma equivocada de autarquía.

Si muchas son las propuestas presentadas para dar solución conveniente y fácil a los problemas de la vivienda colectiva, de la Arquitectura de la reconstrucción, escasas son las que podemos retener como buenas.

No obstante, son tan diversas, que ello permite esperar que cada país hallará la fórmula conforme a sus propias aspiraciones, puesto que la casa finlandesa — para citar un ejemplo — no podrá recordar la casa española. Para librar a la Arquitectura de las imposiciones antihumanas de la casa prefabricada es preciso recapacitar acerca de los auténticos beneficios de la casa mínima ampliable, determinar métodos que consientan la multiplicación de las plantas y una libre distribución planimétrica de la Arquitectura, inventar sistemas constructivos aptos para obtener un gran número de edificios diferentes de todo género y para todos los destinos, organizar el espacio urbanístico y sistematizarlo en inmensas osaturas y en esqueletos tipificados de varia categoría, en cuyas estructuras se encuadrará, según las necesidades, una nueva Arquitectura formada por elementos prefabricados. Son estos procedimientos modernos que eliminan el peligro de la casa prefabricada en serie, de



Parque Güell, de Barcelona. Acueducto. Solución estructural típica de Gaudí. Contrafuertes dispuestos según la dirección de los esfuerzos.

la Arquitectura reducida a dimensiones demasiado pequeñas, en tanto evitan aquellas sistematizaciones que duran siempre un siglo y descartan la idea absurda de aquella temporal Arquitectura colonial que se convierte en definitiva. «C'est le provisoire qui dure», asegura sutilmente un antiguo adagio francés.

Desde el punto de vista económico, la reconstrucción concebida según estos métodos innovadores gozará de todas las ventajas ofrecidas por la prefabricación de los elementos constructivos, aunque desarrollando una Arquitectura variada, unitaria, pero nunca uniforme. No queriendo eludir la lógica, se debe, por tanto, considerar la máquina como el instrumento ideal que servirá para fabricar aquellos elementos que serán utilizados para construir la ciudad destinada a hacer libre al hombre, con estabilidad física en cuanto al lugar y al trabajo.

La Arquitectura orgánica funcional no puede admitir el principio de la casa

prefabricada en serie en los talleres, como el automóvil, toda vez que los datos de ambos problemas resultan un tanto opuestos. En cambio, acepta las condiciones de aquellos elementos constructivos prefabricados, tanto universales como particulares, que permiten la libertad de invención. Es decir, se levanta contra las teorías de la casa prefabricada para no substraer la Arquitectura del dominio de los arquitectos, para no convertirla — envilecida y falseada después de tantos años de fervorosa expectativa — en esclava de un comercio venal, para no abandonarla al ludibrio de prácticas que indudablemente nos llevarían a no amarla ya después.

En todo el mundo la Arquitectura está amenazada por un estado de cosas en el que el hombre encontrará natural cambiar de casa como cambia de vestido. Si así sucediera, esto nos convertiría en nómadas y sería el fin, no sólo de la Arquitectura, sino también de la civilización.

Arquitectos: estad alerta. La casa prefabricada no es más que un nuevo fetichismo que es preciso alejar.

#### NOTA

Unos días después de haber pronunciado esta conferencia, he tenido ocasión de ver obras y estudiar en Barcelona características de Arquitectos que me han dado la certeza de un resurgimiento. El espíritu de aquellos Arquitectos españoles que han sabido hacer del Románico, del Gótico y del Renacimiento estilos personales y reinventados, así como la fantasía creadora y sintetizante de un Gaudí, han de poder hallarse nuevamente en la Arquitectura de hoy. Estoy convencidísimo de que los Arquitectos españoles contemporáneos son capaces de concretar una nueva Arquitectura nacional y funcional, enlazada con los términos lógicos de la eterna pujanza mediterránea.

Conferencia pronunciada el 9 de mayo de 1949 en el Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña y Baleares.